

EDITORIAL

La paz de Cristo y el orden social

“La paz os dejo, la paz mía os doy; yo os la doy, no como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tema”.
(Juan 14:27)

Si nos aproximamos a cualquiera de las cuestiones hoy en debate, pero particularmente a la que podríamos denominar como la manifiesta insuficiencia del hombre del siglo XXI para, primero, comprender y, luego, intentar alcanzar la auténtica paz social, encontraremos la negación explícita o implícita –pero especialmente práctica– en cuanto a que:

- a) la verdadera paz es la tranquilidad en el orden,
- b) el orden –en tanto que recta disposición de todas las cosas– es fruto de la justicia,
- c) la justicia –en la acepción que aquí interesa– consiste en dar a cada uno lo suyo y
- d) la piedad, parte potencial de la justicia, rige la relación del hombre con Dios Creador (San Ignacio, Principio y Fundamento, EE), respecto de quien no se da la perfecta alteridad propia de la justicia. Lo que lleva a recordar que existen los derechos de Dios sobre el orden creado.

Negación no solamente por todas las ideologías, sino hasta por algunas corrientes de la filosofía política realista que –originadas en la doctrina de Santo Tomás de Aquino– dudan en cuanto a que si el hombre ha sido creado social y político por naturaleza, solamente puede alcanzar su fin *a través* del orden social y político.

En definitiva, adviene una nueva época de la vida del hombre sobre la Tierra que –no tememos afirmar– se apoya de manera especial en el *naturalismo* como la superación de todas las herejías. Naturalismo que quizá, ago-

tadas sus diversas versiones pretéritas, se expresa hoy sin ambages como la antinaturalidad.

Es que, como alguna vez se ha enseñado, quitado lo sobrenatural solo queda lo antinatural. O como advirtiese Fray Domingo de Soto en la Dedicatoria de su Tratado sobre la Justicia y el Derecho, “[...] en vano se procura la felicidad temporal, si no se ordena a la eterna”.

Este desvío moderno que la llamada posmodernidad no ha hecho más que matizar puede ser identificado en sus fuentes de diverso modo. Aquí propondremos cuatro de ellas que pretenden sostener lo que Cristo mismo ha denominado la paz “como el mundo la da” y solamente expresa la deriva en que se encuentra la humanidad.

Estas cuatro fuentes que, creemos, conducen a la insuficiencia e impotencia del hombre moderno para alcanzar la concordia política y la paz social, las identificamos en el subjetivismo moderno, la dialéctica revolucionaria, el nominalismo que las ha engendrado y el pensamiento gnóstico-esotérico que las sostiene.

1. El *subjetivismo moderno*, es decir, el nefasto paso del objeto al sujeto frente a la inteligencia que, entitativamente, se encuentra ordenada naturalmente al ser como esencia. La intelección del ser que es una identificación espiritual entre el sujeto pensante y el objeto o bien conocido— según las definiciones que se adopten— enriquece a aquel y lo obliga a una toma de posición desde su auténtica subjetividad espiritual fundada en el libre albedrío. El subjetivismo moderno es todo lo contrario; se reduce al denominado principio de inmanencia por el cual el entendimiento humano se vuelve la única medida de todo lo real.

Eludir esta identificación intelectual con lo real es una necesidad que puede llevar —y de hecho ocurre— a consecuencias perniciosas para el obrar humano y la paz social.

Porque el hombre moderno exhibe un vicio evidente: no presta atención al objeto del conocimiento y pasa con celeridad a discernir acerca del sujeto que fue o es agente del mismo.

Esta desviación de la atención del objeto al sujeto se produce de dos maneras opuestas: o bien a favor del sujeto para protegerlo o defenderlo de modo absoluto, o bien en contra del mismo para denigrarlo o condenarlo. Pero en cualquier caso el resultado es eludir la enseñanza de lo real e impedir alcanzar una consideración del problema a partir del objeto y su correspondencia con la naturaleza humana. Esto, como veremos, requiere concebir la dialéctica como una confrontación y una praxis de contradicción permanente, antes que como un diálogo.

También aquí debemos subrayar que el subjetivismo moderno constituye un ataque radical a la sociabilidad del hombre. Siempre será una

ilusión pretender que su sociabilidad y politicidad natural se ordenen en la perspectiva del fin temporal, el bien común político, sin que el orden objetivo de lo real sea reconocido como tal.

Se habla de que para alcanzar la paz social debemos comprendernos y entendernos los sujetos. Es el consenso moderno. Pues bien: no hay paz social verdadera. Y es que ella exige, por sentido común, primero entendernos acerca del objeto cabalmente intelegido. Y esto supone una recuperación, precisamente, del *sentido común* que probablemente sea lo único que la inteligencia artificial en desarrollo no pueda imitar.

2. En cuanto a la *dialéctica revolucionaria*, en relación con la posibilidad de alcanzar una auténtica paz social por la realización de un orden justo de libertades concretas como expresión del bien común, no hay mucho que explicitar. Sin embargo, es pertinente quizá subrayar que esta dialéctica –opuesta al diálogo de la dialéctica clásica– caracteriza y explica el desorden y la discordia social.

Se funda particularmente en el subjetivismo señalado. No se trata solamente del individualismo del pensamiento moderno. Es, además, un modo de resolver la relación social basado en la contradicción como praxis para resolver los términos de dicha relación. Es lo opuesto a la concordia política.

De allí que, si no se admite al hombre como ser creado, varón y mujer, social y político por naturaleza, destinado a la trascendencia y de la comunidad política como un todo de orden cuyo fin es el bien común ya definido, solo queda la disociedad en la cual la humanidad está embarcada desde hace siglos.

La ruptura de la inteligencia con el ser, propia del subjetivismo moderno, encuentra en la dialéctica revolucionaria el método para readecuar constantemente el discurso a una nueva postulación que puede sostener todo menos la aceptación de la realidad del ser y sus consecuencias en el orden humano. Antes fue el capital contra el trabajo, hoy el varón contra la mujer. Siempre buscando *revolvere* al hombre contra Dios y, por tanto, contra sí mismo en tanto que ser creado.

3. El *nominalismo*: si se nos pidiese que explicitemos un punto de apoyo de todo lo anterior como característica de la modernidad, este se nos aparece con mucha anterioridad en el nominalismo. Aquí cabe recordar las enseñanzas entre nosotros del profesor Juan Alfredo Casaubon, en su extraordinaria obra, *Palabras, ideas, cosas*.

En su prólogo, nuestro primer Rector Monseñor Octavio Nicolás Derisi afirma: “Frente a la realidad circundante, ¿qué significación tienen los conceptos abstractos y universales? ¿Cómo pueden éstos conceptos aprehender y expresar una realidad existente enteramente cambiante e individual?”

Este problema ha sido siempre la cruz de los filósofos, desde Platón a Santo Tomás, desde Descartes hasta Kant y desde el empirismo de Hume hasta el positivismo lógico de Stuart Mill. Durante dos siglos la Filosofía medieval se desarrolló en torno a esta cuestión. Como dice Ortega, Occidente afiló su inteligencia en este tema. El nominalismo, el realismo exagerado y el realismo moderado son los hitos de este largo camino recorrido en busca de la solución verdadera, esbozada ya por Abelardo y formulada definitivamente por Santo Tomás. (Así) el realismo moderado, de acuerdo con la realidad de los conceptos, sostiene que las ideas universales solo existen en la mente, es decir, que no son reales en el modo como expresan la realidad, pero sí lo son en lo que ellas expresan de la misma. La unidad y pluralidad de esos conceptos, tan difícil de comprender, se da en dos planos diferentes: la unidad en el de los conceptos y la multiplicidad en el de la realidad concreta en que se aplica”.

En la negación de esto último por el nominalismo parece encontrarse la raíz del subjetivismo moderno y la dialéctica revolucionaria como su modo de expresión.

4. Finalmente, otra vez el *gnosticismo*. Viejo intento del hombre rebelado contra Dios para explicar el orden creado con la pretendida autonomía de la ciencia de la época o el esoterismo de los iniciados, para concluir siempre intentando eludir primero y sustituir después al Dios Creador.

Hoy el pensamiento gnóstico-esotérico se revela con enorme despliegue apoyado otra vez por el supuesto progreso científico indefinido. Es el cientificismo que campea en las universidades y centros de estudio. Cientificismo que niega la metafísica tradicional, la ontología realista y la naturaleza de las cosas. Cientificismo que niega la lógica aristotélica tomista e incluso ha superado la pretensión de extender la lógica cartesiana a toda disciplina de estudio, para someterse con tendencia desbordante a la lógica “binaria” y luego “difusa”, que subyace en el nuevo escenario de la Babel tecnológica. Cientificismo, en fin, que ha restringido la certeza de todo conocimiento a aquello que pueda ser medido y cuantificado. De ahí que la pregunta de la ciencia de nuestros días ya no versa sobre ¿qué es algo?, sino más bien sobre ¿cómo es?, o ¿cómo funciona? La intelección de lo real se reduce a una descripción de fenómenos cuya única explicación parece ser un movimiento o acaso ciego.

Aparece así el transhumanismo. Y aquí de nuevo: todo se reduce a aceptar o negar, primero, que hay naturaleza, a admitir por la evidencia filosófica que es creada, cuáles son sus notas esenciales y su recepción en las instituciones y el orden jurídico de la comunidad política. Será, pues, la paz de Cristo o la pretensa del “homo deus”, “como la da el mundo”.

Es que estamos ya en la postulación del “homo deus” como culmen de la pretensión de la creatura que no solo desconoce al Creador sino que pretende sustituirlo. Este transhumanismo resulta ante todo algo viejo: el “non serviam”. No se trata de un antropocentrismo exagerado sino, otra vez, la seducción del “seréis como dioses”.

En uno de los momentos más oscuros de la humanidad, en plena batalla de Stalingrado, el Papa Pío XII, de manera sin duda profética, recordaba en su Radiomensaje de Navidad del 24 de diciembre de 1942:

“5. Toda convivencia social digna de este nombre, así como tiene su origen en la voluntad de paz, así tiende también a la paz; a aquella tranquila convivencia en el orden en la que Santo Tomás, repitiendo la conocida frase de San Agustín (Summa Theologica 2-2 q. 29 a. I ad I; San Agustín, De civitate Dei XIX 13, 1), ve la esencia de la paz. Dos elementos primordiales rigen, pues, la vida social: la convivencia en el orden, la convivencia en la tranquilidad.

I. Convivencia en el orden

6. El orden, base de la vida social de los hombres, es decir, de seres intelectuales y morales, que tienden a realizar un fin conforme a su naturaleza, no es una mera yuxtaposición extrínseca de partes numéricamente distintas; es más bien, y debe ser, la tendencia y la realización cada vez más perfecta de una unidad interior, que no excluye las diferencias, fundadas en la realidad y sancionadas por la voluntad del Creador o por normas sobrenaturales.

7. Una clara inteligencia de los fundamentos genuinos de toda vida social tiene una importancia capital hoy más que nunca, cuando la humanidad, intoxicada por la virulencia de errores y extravíos sociales, atormentada por la fiebre de la discordia de ambiciones, doctrinas e ideales, se debate angustiosamente en el desorden por ella misma creado y se resiente de los efectos de la fuerza destructora de ideas sociales erróneas, que olvidan las normas de Dios o son contrarias a éstas. Y como el desorden no puede ser vencido sino por un orden que no sea meramente forzado y ficticio (lo mismo que la obscuridad, con sus pavorosos y deprimentes efectos, no puede ser disipada sino por la luz, y no por fuegos fatuos), la salvación, la renovación y una progresiva mejora no pueden esperarse y originarse si no es a través del retorno de numerosos e influyentes grupos humanos a la recta ordenación social; retorno que requiere una extraordinaria gracia de Dios y una voluntad inquebrantable, pronta y presta al sacrificio, de las almas buenas y previsoras. Desde estos grupos más influyentes y más dispuestos para com-

EDITORIAL

prender y considerar la atractiva belleza de las justas normas sociales, pasará y entrará después en las multitudes la convicción del origen verdadero, divino y espiritual, de la vida social, allanando de esta suerte el camino al resurgimiento, al incremento y a la consolidación de aquellos principios morales sin los cuales aún las realidades más altas serán como una nueva Babel, cuyos habitantes, aunque convivan juntos, hablan lenguas diversas y contradictorias”.

Estas precisas enseñanzas, expresadas de un modo u otro por todos los sucesores de Pedro hasta el Papa Francisco, han sido ignoradas una y otra vez y las consecuencias están a la vista: el mundo no tiene paz.

Enseñanzas que requieren a quienes hemos sido llamados a una vocación por la justicia y el derecho de una reflexión profunda –y con finalidad práctica– acerca de la naturaleza humana en relación con el fin último que la determina: Dios Creador. Para procurar contribuir así desde el orden jurídico a alcanzar la auténtica paz social, tal como la da Cristo.

PABLO MARÍA GARAT
Decano